

Antonio Pagés Larraya

Ricardo Rojas (1)



CUANTO hubiera deseado cerrar en silencio, abrumada el alma por los tiernos recuerdos de su amistad, de su docencia y de su ejemplo, ese diálogo con Ricardo Rojas que es toda mi vida! Pero traigo el mandato irrenunciable de despedirlo en nombre de su Facultad de Filosofía y Letras, en cuyas aulas fui su discípulo y su amigo. Mi voz es la de sus colegas y la de sus alumnos, unidos a su nombre por el recuerdo de jornadas laboriosas en esa vieja casa de la calle Viamonte, a la que quiso entrañablemente, y de la que fue profesor, decano y consejero.

Sus alumnos de la Facultad conocieron las primicias de su genio creador. Su cátedra fue el taller donde se forjaron libros magnos de nuestra cultura, como su *Historia de la Literatura Argentina*, obra ciclópea, tan duradera como su nombre. El Instituto de Literatura Argentina, fundado por Rojas el año 1922 y en el que, casi sin recursos, se hizo durante un cuarto de siglo el examen profundo de nuestro pasado literario, constituye su gran creación universitaria.

Rojas fundó también la cátedra de Literatura Argentina, contra el desdén y la hostilidad de quienes negaban hasta la existencia de

(1) Discurso pronunciado en los funerales del autor de *El Santo de la Espada*, *Sarmiento profeta de la pampa* y numerosos otros libros que honran a la literatura argentina,

una literatura genuina. Creía en ella porque creía en el espíritu nacional. La enseñaba como si revelase los secretos de la argentinidad. Los valores ideales que Rojas exaltó son imperecederos. Constituyen el humus de nuestra cultura, y la Facultad asume por ello el deber de ser fiel a su espíritu.

Rojas se alejó de su cátedra cuando la Universidad fue avasallada. Y si sus fuerzas no le permitieron volver a ella, tuvo la dicha de verla continuada y respetada a través de discípulos que él mismo había formado. Quienes tenemos el deber y el honor de ocuparla, sabemos que nuestra misión es sólo de una larga suplencia, porque el profesor titular de Literatura Argentina, el único, está ausente y no puede regresar.

Sabemos que su espíritu nos orientará desde los textos escritos y desde los recuerdos que no se borran. Prometemos a su memoria ser dignos de proseguir lo que Rojas empezó. Así un día podremos rendirle cuentas a las generaciones que venían a escucharlo, que vendrán a escucharnos, con la conciencia de no haber dejado desvanecer su labor.

Enseñar a los jóvenes era la tarea más querida del maestro. Muchachos que escuchaban su palabra. Muchachos que crecían luego y que unas veces se elejaban para siempre, y otras mandaban a sus hijos y a los hijos de sus hijos, para que prolongasen esa amistad. ¡Con qué cristiana sonrisa, con qué ademán paternal, él, que no tuvo hijos de su carne, recibía las manos tendidas de los jóvenes! De todos los cariños, el de la juventud fue para Rojas el más sincero y el más frecuente. Si algunos desfallecían, otros tomaban su puesto y siempre había nuevas generaciones atentas a su mensaje.

Todo trascendía a virtud en torno a este noble viejo que ha cerrado sus ojos para siempre.

En su larga existencia, Rojas aceptó el aplauso encendido de las multitudes o la consagración del triunfo literario con el mismo profundo candor con que llevó la corona de espinas de la persecución y del vejamen injustos.

Fue la suya una vida hecha de donación y de amor.

Amó a su pueblo con naturalidad y aun con inocencia.

Amó a su patria con un amor obsesivo, y cuando la vio yacer en sombras, su propia alma se llenó de tinieblas.

Quede para otros intérpretes de la emoción que aquí nos congrega, la exégesis de su grandeza. Yo quiero recordar ese largo exilio en su propia tierra. Yo quiero decir antes que nada que Rojas vivió en estado de pobreza, en gran soledad, incomprendido en sus reclamos más hondos.

Fue quedándose sólo con sus verdades. Y este hombre que sufrió vetos, procesos y presidio como reo político sin dejarse ganar por la amargura, sintió abismalmente la soledad de la patria. Cada vez eran menos los que iban a escucharlo, por miedo o porque cada vez era más áspero el sabor de la verdad entera. Rojas sentía el deber de decir esas verdades: duros consejos de austeridad y sacrificio que él cumplía hasta límites conmovedores.

Como Echeverría, como Sarmiento, como Alberdi, como Hernández, Rojas fue un proscrito en su propio suelo. Lo combatían con saña sus enemigos y muchas veces lo incomprendían sus adictos.

El más tremendo de sus pesares era sentirse débil para desgarrar las sombras. Tan radicalmente trágica fue esa certidumbre de fracaso, que empezó a morir de la patria. Era el suyo un duelo inconsolable. Esa fe que resplandece en sus libros, esa confianza en las inextinguibles reservas de nuestra tierra, se quebrantó. Creyó su lucha y su afán inútiles, y su propia vida, un sacrificio estéril.

“Yo no tuve patria sino como ilusión para el futuro”, escuché de sus labios en enero de 1956. Saber hasta qué abismos de confusión había llegado su pueblo, constituía para Rojas un martirio. Desde el fondo mismo de su angustia, supo dar, sin embargo, lecciones de esperanza.

Lo hemos visto dormir su último sueño sobre la tierra junto a lo que más quiso: su hogar, sus libros, sus discípulos, sus amigos, su pueblo. A medida que la noche se ahondaba y las primeras luces del alba se abrían en el cielo, el país pasaba junto a Rojas para decirle adiós. Amigos fieles de todas las horas, camaradas de las luchas

cívicas, discípulos amados, lectores de sus libros, mujeres y hombres, viejos, jóvenes y niños para quienes su ejemplo tiene el acendrado valor de lo imperecedero.

Al medir la congoja de tantas almas fue haciéndose más desgarradora la certidumbre de lo que nos va a faltar sin la luz de este varón tierno y justo que nos deja.

Su vida fue un don constante y ardoroso; dio su saber, su tiempo, su tranquilidad y su salud a esta tierra nuestra que ya no podrá pensarse sin su nombre.

La casa del maestro fue otra vez aula y ágora. Su rostro, trascendido de serenidad augusta, estaba envuelto por la aureola de la eternidad. Al mirarlo por última vez, una paz inefable nos envolvía. Su casa ya no era su casa ni nosotros los seres que tanto lo quisimos en vida. Su casa era toda esta tierra argentina de su vida, de su muerte, y nosotros, todo su pueblo de hoy de mañana que se encontraba frente a la estatua de este humanista criollo que continuó en la Argentina contemporánea la prédica de Sarmiento, de Mitre, de Gutiérrez y de otros grandes fundadores del país como espíritu.

La larga vida del trabajador incansable no transcurrió en vano. Las admoniciones del patriarca, los ensueños del poeta, han de cumplirse. Si la Argentina pudo dar un hombre de su temple moral, está obligada a merecerlo.

El esperó a morir. El peleó cara a cara con la muerte estos dos años. Peleó con la muerte hasta vislumbrar que la luz del ideal iluminaba otra vez a su pueblo.

Por fortuna pudo ser testigo de la farsa que pasa y de la gesta que perdura. Rojas llega a la gloria en días de gloria. Y esa será su paz.